

Mind the gap: la investigación como puente entre la arquitectura y la sociedad

RESUMEN. La actual coyuntura de crisis económica no ha hecho sino evidenciar la inviabilidad de los tradicionales sistemas de trabajo del arquitecto y el falaz protagonismo de una arquitectura pensada para su autocomplacencia y exhibicionismo y alejada de las necesidades reales de la sociedad. Ante esa situación, una nueva manera de investigar –vincula también al mundo académico– estructurada desde una abierta multidisciplinareidad trata de apoyarse explícitamente en la aportación de los ciudadanos a este proyecto colectivo que es la configuración del espacio contruido. Si bien estos nuevos presupuestos están empezando a dar sus frutos conviene reflexionar acerca de la validez de los mismos, de sus potencialidades y sus peligros para que de facto se consoliden o no como los sistemas de trabajo y de investigación válidos para romper esa brecha existente entre la arquitectura y la sociedad.

PALABRAS CLAVE: investigación – multidisciplinariedad – crisis – arquitectura – sociedad

Iñaki Bergera Serrano

Grado en Arquitectura
Escuela de Ingeniería y Arquitectura
Universidad de Zaragoza
María de Luna 3
50018 Zaragoza
ibergera@unizar.es
620 829946

Biografía

Iñaki Bergera es arquitecto y doctor por Navarra y Master in Design Studies por Harvard. Es socio de Beguiristain Bergera Arquitectos y Profesor Contratado Doctor de Proyectos en la Universidad de Zaragoza. Autor y editor de numerosas publicaciones, artículos y ponencias, ha participado y coordinado diversos proyectos de investigación colectivos, investigando actualmente en el Grupo PUPC de la UZ.

“Sepa quien para el público trabaja que, sin duda, a la plebe culpa en vano, pues si en dándole paja, come paja, siempre que le dan grano, come grano”. Tomás de Iriarte, *Fábulas*.

“¡Hay que joderse, lo que le preocupa a esta gente!”ⁿⁱ, se lee en un comentario al post “¿Qué le preocupa a un arquitecto de hoy?” del blog de Anatxu Zabalbeascoa. La interjección, impetuosa, condensa bien un sentir mayoritario de una sociedad que ve con recelo y displicencia las endogámicas y complacientes preocupaciones contemporáneas de este colectivo. Unas preocupaciones no compartidas por todos ellos pues hay también una amplia mayoría que deslegitiman esas inquietudes intelectualizadas y grandilocuentes en pos de una preocupación de orden primario: trabajar.

Una inquietud respaldada por datos incontestables. En 1970 había en España 3 escuelas y 3.631 arquitectos, mientras que en 2009 había ya 31 escuelas y 49.795 profesionales en ejercicio, pasando la ratio de arquitectos por cada 1000 habitantes de 0,11 a 1,15. La crisis ha hecho desaparecer a 153.000 empresas vinculadas a la construcción. En España hay hoy 565.000 casas terminadas sin vender, 290.000 en construcción y 360.000 se encuentran con las obras paralizadas. Hay 1.073.670 viviendas proyectadas no iniciadas. La deuda de promotoras y constructoras con los bancos es de 400.000 millones de euros. El 32,4% de los arquitectos está desempleado, muchos de ellos de forma prolongada. El 73% de quienes trabajan tienen unas ganancias que no alcanzan el mínimo obligatorio establecido en el convenio nacional para oficios equiparables.

Esa legítima reivindicación meramente laboral, ¿no será acaso la penitencia que pagan justos por pecadores? ¿No es acaso bueno, a la postre, esta suerte de cataclismo para sanear y reestructurar el sistema profesional? ¿No ha sido el arquitecto un mercenario al servicio de los agentes especuladores o un personaje obnubilado por conseguir a cualquier precio unos minutos de gloria? La sociedad no entiende a los arquitectos y éstos no se sostienen a sí mismos: el entramado actual que rodea a la arquitectura está de hecho colapsado. Hace falta, por tanto, un radical cambio de paradigma arquitectónico que gravite fuera de sí en una búsqueda de soluciones sin retórica a los problemas reales de las personas. La crisis disciplinar de pensamiento, ideas y crítica hace irrenunciable el cuestionamiento de la arquitectura en el sentido más amplio, también de la investigación.

En la escuela nos dijeron –y lo seguimos diciendo– que la arquitectura es un servicio a la sociedad. Tradicionalmente se ha querido concretar generosamente ese servicio en el dar liebre por gato –aquél *no-se-qué*– el regalo de la arquitectura que el cliente ni siquiera reclama. Pero también se

ha sucumbido al servilismo, a la prostitución de un servicio que reclama la firma del arquitecto al amparo del colegio profesional –quizá por no mucho tiempo– para legalizar el proceso constructivo. La separación, en definitiva, entre la arquitectura de autor, con mayúsculas, bendecida por la sacralidad disciplinar y mediática y la arquitectura comercial sometida a los dictados del mercado vendría a ser paralela a la disociación entre las escuelas orientadas a la formación de meros profesionales y aquellas de corte más especulativo y disciplinar. En medio de esta dialéctica, permanecería ese usuario final, la sociedad en suma, que no sabe y no comprende el papel que unos y otros en esta coyuntura.

La arquitectura –la profesión, la docencia, la investigación– está inmersa así en un estado comatoso cuyas causas y consecuencias trascienden la crisis que padecemos. Cuantas veces la disciplina se ha tornado más orgullosa y complaciente, más enfermiza ha resultado su endogamia. La arquitectura ha interesado a la opinión pública cuando ha estado más próxima al mundo del espectáculo mediático de la última década, cuando ha estado alejada de los problemas reales para convertirse en una vacua seña de distinción y esnobismo, más propia de la farándula que del rigor que le confiere su razón de necesidad. Pero la fiesta ha terminado. Cuando no se ríen las gracias al bufón, la irritación de las masas resacosas deviene en crítica feroz. La opinión pública, mayoritariamente no ilustrada, se regodea y se ensaña en lo más pragmático y sonrojante de la realidad edificatoria: las grietas y las goteras, cuando no la retahíla de calificativos despectivos hacia una arquitectura, la ‘moderna’, que sigue siendo fría, fea o, simplemente, incomprensible. La cultura impostada se ha desvanecido y la sociedad apunta sin tapujos a otros referentes. El hecho de que en 2010 el Camp Nou de Barcelona recibiera 1,3 millones de visitantes, fuera de los eventos deportivos, por delante de los turistas recibidos por el Guggenheim de Bilbao es más que significativo. Muy diferente debe ser ahora el reclamo hecho desde la arquitectura, despojada de los trucos de magia, para que vuelva a encontrar un interés explícito por parte de la sociedad a la que en teoría sirve.

La arquitectura quiere volver a hablar a la gente. Es elocuente que el MOMA acabe de organizar la exposición “Small Scale, Big Scale: New Architectures of Social Engagement”. Como no es casual el título que Kazuyo Sejima ha dado a la Bienal de Venecia de 2010: “People meet in Architecture”. Paradójicamente, cuando las personas se pierden en las relaciones virtuales, la bienal vuelve a reclamar el espacio físico arquitectónico como el natural para las relaciones personales. La investigación tiene por tanto esta vocación integradora de acercar e incorporar a la sociedad en el proceso proyectivo, asumiendo la incuestionable aportación del usuario de la arquitectura y la ciudad a sus respectivas conformaciones.

Hasta la fecha, la bienintencionada actividad investigadora de las escuelas, se convertía en una tarea de robinsones individuales que escribían, buceaban en archivos, salían a investigar o a completar su formación en el extranjero. Los congresos disciplinares vinculados a las escasas líneas de investigación colectivas –singularmente aquellas ligadas a la historiografía o la documentación del patrimonio moderno– se convertían en comidillas de amigos que se intercambiaban banderines –los certificados–, sin apenas ningún eco en la opinión pública: la especulación arquitectónica parecía más una tertulia filosófica o una reunión de poetas.

Ahora, una nueva generación de arquitectos está queriendo engarzar de nuevo con los problemas reales de los usuarios haciendo una arquitectura pedagógica y de servicio, libre de banderas y filiaciones, articulando nuevas estrategias y herramientas de planeamiento y edificación que bajan del olimpo de la retórica disciplinar y formalista para complejizarse al trazar en paralelo puentes multidisciplinares a través del asociacionismo colectivo y el debate ciudadano. Para ellos la arquitectura deviene en una nueva forma de investigación cuyo escenario no serían la biblioteca o el paraninfo universitario sino el bar del barrio o la reunión de vecinos. La arquitectura, así, no se impone o explica sino que se consensúa ideológicamente.

Si bien este nuevo paradigma trata de salvar la endogamia arquitectónica haciendo que la investigación sea de facto una acción holística de corte experimental, ¿hasta qué punto no le lleva a perder su identidad y autonomía? Si no importa la concreción figurativa ni la taxonomización científica, ¿cómo transferir y capitalizar a efectos de resultado lo que no es sino un ‘proceso’ o un ‘formato’? ¿Es realmente esta nueva forma de investigar –difícilmente encorsetable a efectos de reconocimiento académico– válida para resituar la práctica profesional y su pedagogía? ¿Debe la investigación concretar esta irreversible necesidad de definir una nueva y socializable cultura arquitectónica sin caer en el populismo? ¿Sería esta la manera de superar la agotada polaridad escuela profesional –escuela investigadora? Escribe Lipovetsky que “los dos polos entre los que oscila hoy una universidad desorientada –impartir una ciencia pura y profesionalizar sus enseñanzas– podrían servirnos de base para reconsiderar este doble camino, no en términos de oposición, sino de complementariedad”^{mii}. Así las cosas, estaríamos condenados a lograr un nuevo equilibrio. La investigación humanística se estaba viendo sofocada por otra espoleada por un mercado que demanda transferencia de resultados, generación de un ‘producto’ comercializable.

La sociedad no demanda del arquitecto-investigador nuevos objetos de consumo sino pensadores estratégicos, ideólogos capaces de resolver problemas y velar por el entorno construido. Se necesita una sensibilidad pragmática y una especial capacidad para interpretar una realidad extremadamente dinámica. John Thackara llama a los diseñadores y

arquitectos a pasar de “ser meros autores de objetos o edificios a ser los impulsores de cambio entre grandes grupos de personas”ⁱⁱⁱ. La investigación de corte sociológico impulsaría a rescatar la perdida carga humanística, holística, que el mercantilismo de Bolonia ha aparcado de unos estudios tan omniabarcantes como los de Arquitectura.

Esta reaccionaria manera de hacer y de pensar no es ya un hecho aislado entre los arquitectos, especialmente entre los jóvenes que no participaron directamente del festín de los años precedentes. El arquitecto-investigador responde hoy a una actitud y una manera de ser, es una “síntesis de artista, inventor, mecánico, economista objetivo y estrategia evolutivo”, tal y como predijo Buckminster Fuller hace décadas^{iv}. Trata de tender nuevos puentes pragmáticos y posibilistas pero igualmente ambiciosos en su voluntad de reducir esa distancia que separa a la arquitectura de la sociedad. “¿Qué es lo que podemos aportar y hasta qué punto la sociedad realmente nos tiene en cuenta como pensadores y profesionales? –se preguntan Emiliano López y Mónica Ribera–. ¿Por qué el incesante incremento de normativas, códigos técnicos y marcos legales que pautan y conducen las propuestas arquitectónicas? ¿Será que la sociedad ya no confía en nosotros y nos tiene que encorsetar para que no malgastemos sus recursos?”^v. Efectivamente, los arquitectos están siendo relegados por otros agentes de corte técnico y empresarial que vienen a garantizar la correcta ejecución y la viabilidad económica del proyecto. Este progresivo corsé normativo, al tiempo que garantiza estas premisas fundamentales, conduce paralelamente a un deterioro de la calidad arquitectónica. El arquitecto, en el mejor de los casos, termina siendo relegado de la toma de decisiones, para devenir en decorador de fachadas, en un buen intencionado muñeco que orquesta las reglas que otros imponen.

A Juan Herreros le “inquieta comprobar que los arquitectos no habitamos un lugar desde el que explicar con claridad nuestro interés y la necesidad de nuestro trabajo. La ciudad cambia a ritmos vertiginosos impulsada por la energía, las ambiciones y la fuerza del capital, pero no tengo muy claro que estemos realmente participando de esos cambios con nuestro conocimiento e imaginación”^{vi}. Una manera de habitar ese lugar al que se refiere Herreros, para empezar a cerrar así esos puentes que ahora parecen insalvables entre arquitectura y sociedad, sería dar a la gente soluciones reales a unas necesidades que rompen los moldes tradicionales del encargo arquitectónico: dar sin que te lo pidan y dar, en ocasiones, algo bien distinto al objeto arquitectónico. La arquitectura surge así de un proceso de investigación, de un trabajo de campo de corte sociológico y multidisciplinar. “La observación de lo real –explica Andrés Jaque– desafía la manera en que hasta ahora se ha pensado la vivienda y la ciudad, como esferas casi independientes”. Para el arquitecto Enrique Krane la labor consiste ahora en recolectar y cultivar ideas: “lo cotidiano encierra un potencial inagotable”^{vii}.

El arquitecto pasa así de diseñar edificios a diseñar ideas, pensamientos o estrategias. Si la sociedad no demanda arquitectos, si éstos no reciben encargos, se los inventan. Dicho de otra manera, es el arquitecto quien sale en busca de la sociedad, de los vecinos y políticos, para mostrarles un encargo a la inversa: a través de la investigación, se detecta una oportunidad, se busca un lugar, un cliente y la financiación para llevarlo a cabo. La investigación que se prevé como oportuna y urgente, en el ámbito de la arquitectura, parece estar orientada a la aportación de soluciones útiles, cuantificables, que mejoren la vida de los ciudadanos y que huya de los alambicados discursos metafóricos y estructuralistas. Una investigación, en suma, gestada desde y hacia la acción. Quien construya hoy, deberá proyectar el edificio pero pensar también en su implementación, conservación y mantenimiento en el tiempo, aportando una estrategia global y responsable, en definitiva.

En esta línea, los dos últimos números de la revista *Harvard Design Magazine*^{viii} acometen un examen sobre las nuevas prácticas del diseño internacional en el campo de la arquitectura, el urbanismo y el paisaje. Cuestiones que incluyen la crisis de las plataformas y los sistemas tradicionales del trabajo profesional, las transformaciones de la digitalización y las nuevas tecnologías, la globalización, etc. Los hechos obligan a abandonar las conocidas estructuras estancas en favor de sistemas de trabajo abiertos y multidisciplinarios. Cuando el objeto tradicional de la práctica arquitectónica se relega a las estructuras comerciales y profesionales que garantizan la viabilidad y la eficacia del proceso, el nuevo arquitecto especulativo estaría llamado a acometer labores como la consultoría en durabilidad ecológica, la exploración transescalar entre los grandes procesos territoriales y las actuaciones precisas, el trabajo cruzado entre arquitectura, arte, naturaleza, ciudad y los medios o la investigación sobre el impacto de la tecnología en la percepción, la producción y el pensamiento arquitectónico.

Estas prácticas altamente especulativas enfocadas desde la idea (*idea-driven*) vendrían a aportar, a menudo desde la seguridad de las estructuras académicas, condimentos estimulantes y singulares a la irrenunciable necesidad de indagar en la promiscua interdisciplinariedad^{ix} que resulta no tanto de una formulación apriorística como de una consecuencia irremediable para expandir campos de acción y de trabajo que ya no llegarán desde los encargos tradicionales. El arquitecto no impone sino que intermedia, une puntos. El arquitecto no puede afrontar en soledad y con un liderazgo unipersonal el trabajo sino que ha de superar los límites disciplinares para trascender y trazar alianzas entre las distintas infraestructuras asociativas. La investigación que cabría esperar hoy por parte de los arquitectos se plasmaría no tanto en responder a un determinado encargo –que apenas se produce– sino en inventarse

críticamente los problemas para plantear soluciones y ofrecerlas a la ciudadanía. El arquitecto ha de ser un buscador de oportunidades, un emprendedor en términos estrictamente empresariales, que vende ideas a la sociedad y a sus interlocutores políticos. No es un sujeto pasivo sino un agente activo, un catalizador de soluciones de futuro para los problemas contemporáneos del hecho construido.

Que la arquitectura está saliendo, más por la fuerza de los hechos que por voluntad propia, de su mundo privado se concreta también en los sistemas de trabajo y, singularmente, en los procesos constructivos. El proyecto arquitectónico no es ya una formulación que termina en las decisiones del diseño arquitectónico –como resultado de la plasmación de una idea previa de calado teórico– por parte del proyectista. La propia concreción de los materiales, los sistemas constructivos, la innovación tecnológica y la adecuación medioambiental es ahora una coreografía entre el despacho de arquitectura, la ingeniería, el promotor y la constructora, atenta siempre a la sociedad a la que sirve. La batuta es ahora compartida en gran medida por todos los agentes que tiene necesariamente que entenderse y trabajar en equipo. Ese diálogo que nuevamente puede entenderse como una nueva manera de investigar propicia justamente la ruptura de la endogamia del arquitecto a favor de unas nuevas sinergias de carácter colectivo y a la postre social. El pragmatismo de la eficacia, el sometimiento a la normativa asfixiante, del control de costes o de la sostenibilidad genera una arquitectura performativa que, invocando incluso a la innovación– pierde necesariamente el altruismo y la ambición del soporte teórico y disciplinar.

Si durante décadas la teoría –la definición metafórica y significativa de la idea arquitectónica– fue la que guiaba y justificaba la práctica arquitectónica –digamos una práctica intelectualizada– los años del desenfreno formalista han silenciado esa teoría en favor de la pura plasticidad, del gesto por el gesto. El esfuerzo consistía después en justificar ese barroquismo desinhibido, en el peor de los casos, o la mera coherencia disciplinar neomoderna de la construcción, la función y la estética, en el mejor de ellos. Cuando los arquitectos se han quedado sin capacidad de ‘hacer’, vendría el momento de ‘pensar’. La investigación no precede a la práctica sino que es la práctica misma. Del proceso y de los resultados se pueden llegar a deducir los supuestos generalizables. Como señala Scott Johnson^x, conceptos como la supermodernidad, el neomaterialismo o la performatividad definen una cultura arquitectónica contemporánea que aleja la práctica de la arquitectura de cualquier referencia a lo metafórico o al simbolismo. Es tiempo de eficiencia, de control, de parametrización de los procesos.

En este sentido, la vinculación con el mundo académico se hace pertinente, al emplearse la docencia y la pedagogía como laboratorio para la especulación teórica. La docencia se transforma en *think tank*, en

laboratorio, que produce mediante la especulación teórica y práctica en temas proyectuales nuevas realidades arquitectónicas. Otras veces, el fruto de esta investigación tendrá que ver con la generación de prototipos, ideas encapsuladas. Hay quien, por ejemplo, trabaja generando proyectos-idea que se venden después vía web, con software específico incluido. Es una filosofía *open source* donde las ideas se comparten y se regalan. Esta disolución de realidades deviene al final en la exaltación de una especie de investigación sin investigadores, jugando con la expresión de Rudofsky, donde el hecho mismo de investigar es una actividad no reglada, casi lúdica, que ampara en ocasiones una carencia del rigor que se presupone a la investigación en aras incluso de una mayor cercanía con la sociedad, favoreciendo un lenguaje franco y distendido, sin mediaciones.

El estudio Ecosistema Urbano ejemplificaría esa manera de entender la producción arquitectónica en clave investigadora que va dirigida a interactuar directamente con la sociedad a través de la atención preferente sobre los espacios públicos, por un lado, y favoreciendo la relación entre la realidad física y la digital a través de Internet, por otro. Se abre así una plataforma interactiva a la participación ciudadana que de esta manera se convertiría en agente activo de la gestación de la intervención pública en la ciudad. El *networking*, en Internet, es un canal de diálogo, expresión y conocimiento. No es tanto un volcado de información como una herramienta social multidireccional y horizontal. La iniciativa Inteligencias Colectivas^{xi} representaría un ejemplo de esta puesta en común a través de Internet de una suerte de recursos de sistemas constructivos colectivos a partir de ejemplos reales de construcciones no estandarizadas e inteligentes.

La sensibilidad ecológica, *low tech*, y el reciclaje serían otros de los aspectos pregnantes de esta manera de investigar, que nada tiene que ver con el desarrollo de una teoría o una hipótesis de trabajo. La clave es la actuación, intervenir en la ciudad, hacer cosas para, después, reflexionar sobre los resultados y sobre el propio proceso. Para Ecosistema Urbano no existe la creencia en una serie de postulados sólidos, científicos y teóricos, sino más bien la asunción de determinadas hipótesis, verdades temporales, que actúan como desencadenantes de la acción: así, arquitectura lo es todo. También las otrora marginales recetas urbanas del sevillano Santiago Cirugeda –un Robin Hood de la ciudad– serían en este sentido paradigmáticas.

Otra expresión de este deseado solapamiento entre arquitectura y sociedad vendría a ser el colectivismo –Zuloark, Basurama, CC60, etc.– que una vez más busca enfrentarse desde la multidisciplinariedad a argumentos de primer orden de la cultura y la sociedad contemporánea como el uso de los residuos o la obsolescencia del consumo. Ante el expolio y el panorama cadavérico que ha dejado atrás la burbuja inmobiliaria y la crisis económica, los arquitectos –jóvenes, en paro y con ideas– se dedican así –huyendo del

protagonismo individual– a un trabajo que trate de hacer de la necesidad virtud. En la basura arquitectónica o en los residuos urbanos, el proyecto madrileño “Su última voluntad”^{xi} investiga y promueve la reactivación temporal de inmuebles abandonados, paralizados, demolidos, etc. Pero lo de la basura no es sólo una pose. También como reacción al esteticismo libidinoso del formalismo post Guggenheim, arquitectos como Andrés Jaque defienden un abierto feísmo –un neoelecticismo no taxonomizable– como manifestación de la asunción de la imposible vigencia del rigor disciplinar: “los lugares más interesantes son los menos puros, los más sucios, donde hay una mayor resiliencia, que hace que se puedan adaptar a las situaciones que le llegan”^{xii}.

Un proyecto como las viviendas sociales ‘Elemental’ del chileno Alejandro Aravena vendría a representar esa intervención arquitectónica de corte investigador –la idea fue gestada en el GSD de Harvard–, Este modelo de ‘vivienda incremental’ se ofrece al usuario a medio hacer, siendo este el encargado de implementarla según sus necesidades, favoreciéndose un modelo de actuación social y de intermediación colectiva entre arquitecto y usuarios. Bien distintas serían otras actitudes abiertamente provocativas que se regodean en un rechazo naïf a lo disciplinar –amparadas en una supuesta nueva corriente socialmente sensible y responsable– que retomando malamente las tensiones del pop venturiniano terminan ofreciendo unas arquitecturas que disgustan tanto a los correligionarios como a unos usuarios que tampoco terminan por entender el chiste. Recientes trabajos de Manuel Ocaña –como las viviendas “Ocaña de España”– vendrían a ser así una abierta provocación crítica y rebelde que con cierta dificultad se podrían justificar. Por mucho que la sociedad pueda demandar abiertamente vulgaridades, la respuesta no debería ser darle vulgaridad de marca registrada. Más atemperado sería el planteamiento del estudio La Panadería, que asimila este acercamiento a la sociedad a un hacer “arquitectura de diario” y no tanto “arquitectura de los domingos”. El *statu quo* pasa así de la ‘alta arquitectura’ del *star-system* a una arquitectura revulsiva, ética y caritativa. ¿Cuánto hay de verdad en esta nueva actitud? ¿No se trata nuevamente de otro marchamo para recabar una cierta atención mediática?

A río revuelto, ganancia de pescadores: no pocos equipos de arquitectos rechazan explícitamente lo disciplinar asumiendo la complejidad del actual sistema que envuelve a la práctica arquitectónica. La innovación es ahora experimentación, un rechazo frontal a la generación de piezas reconocibles o icónicas, de objetos plásticos o caligrafías estilizadas. Los datos del análisis ecosistémico, sazonados con la aportación directa de usuarios o ciudadanos producen, un algo que no necesariamente ha de ser bueno o correcto tal y como se venía entendiendo hasta ahora. La novedad está, justamente, en asumir la complejidad y sacar de este pragmatismo

democrático la fuente de inspiración para una arquitectura customizada e intelectualmente ambiciosa. El anhelo para muchos está en este campo rico e insospechado de investigación arquitectónica que se sitúa a medio camino entre lo académico y lo comercial, entre la ortodoxia y la heterodoxia.

Como señala Rory Hide^{xv} el modelo profesional que recompensa el trabajo del arquitecto como un porcentaje del coste del edificio construido no favorece el reconocimiento de la reflexión intelectual implícita en la proyectación. Esta incapacidad para reconocer y sesgar el valor de la aportación conceptual del arquitecto de su producción física deslegitima y dificulta la asunción de la figura del arquitecto en proyectos de investigación especulativos que no finalicen en acciones mesurables concretas. Rem Koolhaas entendió desde el principio, a través de OMA, la autonomía de esta actividad explícitamente investigadora estableciendo después AMO como *think tank* al servicio de su oficina de arquitectura.

Hay quien quiere ver al arquitecto hoy como un agente más del entramado social desde el que actúa buscando territorios de oportunidad. Se constata en determinados ambientes que lo disciplinar, vestir con chaqueta de arquitecto, lejos de ser la carta de presentación del trabajo sería justamente el tapón, lo que paraliza la verdadera aportación del arquitecto a la sociedad. La dinámica que impulsa la actuación del arquitecto sería el inconformismo y la constante formulación de retos. Mirar a la disciplina desde fuera, desde la periferia, aporta una mirada fresca sobre la misma. Pero, ¿hasta qué punto superar esa grieta ha de ser un camino de ida y vuelta? ¿Debemos los arquitectos ponernos a la altura de la sociedad, de un público ajeno al discurso disciplinar? ¿O se debe poner el esfuerzo en una labor educativa y explicativa para que la sociedad engarce con el discurso de la arquitectura?

Parece, en último caso, que ya poco o nada será como hasta ahora y que, en medio de esta coyuntura, esta brecha arquitectura-sociedad se superará mediante la implementación –vía investigación y acción– de todos estos paradigmas, prestando especial atención al marketing entre el arquitecto y el público, a la adquisición explícita de competencias y herramientas comunicativas para entender y hacerse entender, para hablar pero también para saber escuchar. No se trata, como dice Andrés Jaque, de educar a los usuarios, sino de convertirlos en cómplices. Y junto a la comunicación, el tiempo, como explica Thackara: “Un factor de éxito en investigación es el tiempo –tiempo para entender una comunidad de usuarios, tiempo para conocer a los individuos que la forman, tiempo para conducir la investigación a una velocidad que no amenace a la gente, y tiempo para reflexionar sobre los resultados^{xv}”.

Las etapas revisionistas favorecidas por los excesos son siempre positivas. Este bajar al ruedo por parte de la investigación arquitectónica va a dar y

está dando sus frutos. El esfuerzo está en no perder del todo las referencias, el centro de gravedad, para que no termine pasando factura a la arquitectura lo que Vargas Llosa ha denunciado respecto a la cultura: “hemos ido haciendo de ella algo mucho más superficial y voluble, o una forma de diversión ligera para el gran público o un juego retórico, esotérico y oscurantista para grupúsculos vanidosos y de espaldas al conjunto de la sociedad”^{xvi}.

ⁱ Zabalbeascoa, Anutxu. Blog “Del tirador a la ciudad.” *El País*. 31-1-2010. Comentario al post “¿Qué le preocupa al arquitecto de hoy?”.

ⁱⁱ Lipovetsky, Giles y Serroy, Jean. *La cultura-mundo: respuesta a una sociedad desorientada*. Barcelona: Anagrama, 2010, p.184.

ⁱⁱⁱ Thackara, John. *In the Bubble: Designing in a Complex World*. Cambridge: The MIT press, 2005, p. 7.

^{iv} Zung, Thomas. *Buckminster Fuller: Anthology for a New Millennium*. St. Martin's Press, 2002.

^v Zabalbeascoa, Anutxu. Cit.

^{vi} Zabalbeascoa, Anutxu. Cit.

^{vii} Zabalbeascoa, Anutxu. “Arquitectos con nuevas respuestas”. *El País Semanal*, 10-10-2010.

^{viii} *Harvard Design Magazine* 32-33, Spring/Summer-Fall/Winter (2010-2011).

^{ix} Cfr. Choi, Esther y Trotter, Marikka (ed.) *Architecture at the Edge of Everything Else*. Cambridge: The MIT Press, 2010.

^x Johnson, Scott. “Once Theory to Practice, now Practice to Theory?” *Harvard Design Magazine* 33, Fall/Winter (2010-2011): 84.

^{xi} <http://www.inteligenciascolectivas.org>

^{xii} <http://suultimavoluntad.com>

^{xiii} Peñalver, Adrian y Cejas, Donacio. “Entrevista a Andrés Jaque.” *CYANmag* 10: 43.

^{xiv} Hide, Rory. “Future Practice.” *Architecture Review Australia* 116 (2010).

^{xv} Thackara, John. Cit.

^{xvi} Vargas Llosa, Mario. *La civilización del espectáculo*, prólogo. *El País*, 22-01-11.